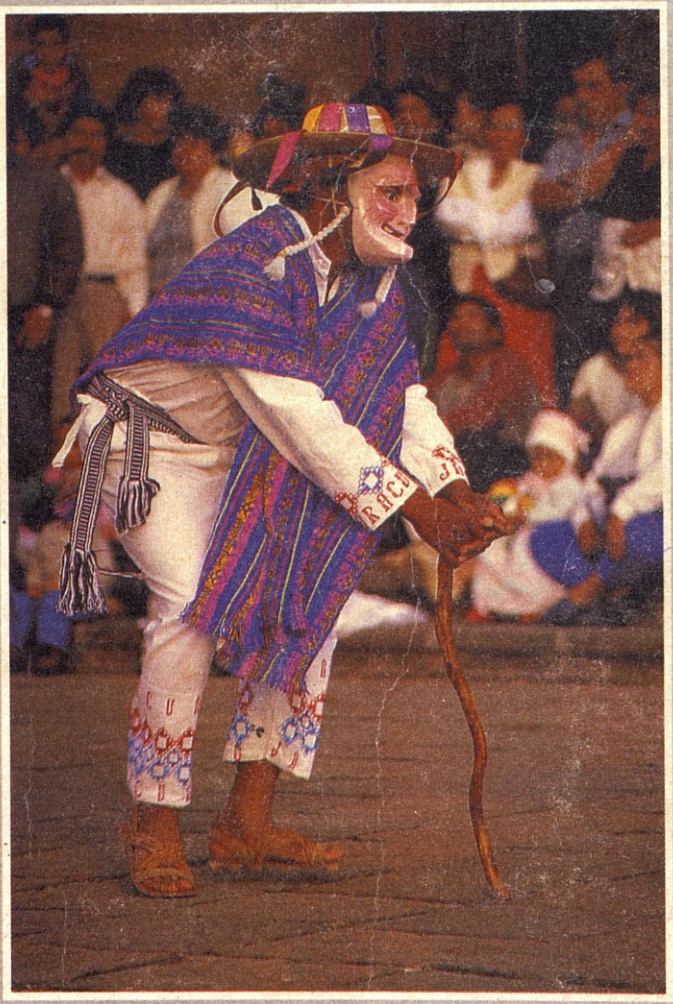
MÉXICO EN FIESTA

Herón Pérez Martínez
Editor



EL COLEGIO DE MICHOACÁN
SECRETARÍA DE TURISMO

MÉXICO EN FIESTA

Herón Pérez Martínez
Editor

El Colegio de Michoacán

ÍNDICE

La fiesta en México
Herón Pérez Martínez 11

ABORDAJE A CAMPO RASO

La fiesta como una forma de existencia
Abelardo Villegas 65

La estructructura de la fiesta
Agustín Jacinto Zavala 73

La fiesta y lo sagrado
Alberto Carrillo 105

Notas para una fenomenología de la fiesta en México
Enrique Pérez Castillo 123

Psicoanálisis de la fiesta mexicana
José María Infante 135

La fiesta en México: tiempos y espacios entre la vida y el espectáculo
Ivette Jiménez 153

Impresiones literarias decimonónicas de lo festivo mexicano
José Lameiras Olvera 173

Alegre y graciosa como la risa de un esqueleto
Pedro Ángel Palou García 197

Las fiestas tradicionales, globalización cultural y posmodernidad
Eugenia Revueltas 209

EJERCICIOS DE ANAMNESIS

Tropezones de un ponente metido en corral ajeno
Luis González 221

De la fiesta a la guerra: ceremonias, ritos y fiestas
en la *Relación de Michoacán*
Jean-Marie LeClézio 227

El calendario festivo azteca
José Luis de Rojas 241

Los inicios de la fiesta cristiana indígena en Michoacán
J. Benedict Warren 255

In *altepeílhuitl*: la fiesta del *altépetl* "pueblo"
en el universo náuatl
Cayetano Reyes 261

El palo volador. Vía real para el desciframiento
de una cosmovisión mesoamericana
Jacques Galinier 279

Espacios de poder en Jesús, María y José
Armando Partida Tayzan 289

EL PODER Y LA FIESTA

Arte, espectáculo y poder en la fiesta novohispana
Víctor Mínguez 315

El otro rostro de Jano: rituales y celebraciones fúnebres en honor
del "más Claro Sol de las Españas" Felipe IV, 1666
Dolores Bravo Arriaga 329

Comentario
Antonio Alatorre 339

Rituales marianos e implantación de dominios.
Etnografía de las fiestas de Jacona
Jesús Tapia Santamaría 347

Nacionalismo y regionalismo en la fiesta popular mexicana 1850-1950
Ricardo Pérez Montfort 391

La política cultural en la Revolución: la construcción de la fiesta patriótica en México, 1930-1940
Mary Kay Vaughan 419

Los círculos de poder y la fiesta religiosa entre los pueblos conurbados del sur del Distrito Federal
María Ana Portal 433

Masones y fiestas cívicas en Zacatecas, 1868-1900
Marco Antonio Flores Zavala 443

FENOMENOLOGÍA A RAS DE TIERRA

El relajo como microfiesta
Marcia Far 457

El entorno sonoro de la fiesta
Arturo Chamorro 471

Mestizaje y sincretismo en la fiesta patronal de Xico, Veracruz
María Madrazo Miranda 485

La indumentaria de fiesta de los purépecha
Amalia Ramírez Gorayzar 497

La fiesta familiar en Zamora
Brigitte Boehm de Lameiras / Jaime Ramos Méndez 505

Identidad cultural y fiesta: el caso de las fiestas patrias en California 1848-1950
Lawrence Douglas Taylor Hansen 525

BIBLIOGRAFÍA 543

Índice onomástico 565

Índice toponímico 581

LA FIESTA FAMILIAR EN ZAMORA

Brigitte Boehm de Lameiras
y Jaime Ramos Méndez*

Antes de iniciar esta exposición sobre Zamora, sus familias y sus festejos, me veo obligada a pedir disculpas –no es la primera vez que me sucede– por el atrevimiento a discernir sobre temas que no he explorado con la suficiente profundidad como para externar opiniones doctas y ampliamente sustentadas y comprobadas. No hubiera yo osado aceptar este compromiso, si Jaime Ramos hubiese rechazado compartirlo conmigo. Ambos autores confluimos en un punto de encuentro que favorece, quizá, la conciliación entre las percepciones afectivas y sensoriales de los sujetos que viven inmersos en una realidad sociocultural y contribuyen activamente a mantenerla y reproducirla, y la visión analítica, crítica y fría del científico social que convierte a aquellos en objeto.

Jaime Ramos es miembro de una familia zamorana y se inició profesionalmente sirviendo como videoasta en las fiestas de su comunidad, la cual está dispuesta a retribuirle económicamente por la provisión de documentos cinematográficos destinados a salvaguardar la memoria colectiva. Intrépidamente toma la decisión de inscribirse en un programa de formación de investigadores de la cultura y de voltear sus ojos como analista hacia sí mismo, su familia, sus parientes y sus amigos.

Su servidora llegó a Zamora hace 16 años con la intención de quedarse. Menos valiente que su colega, no se había propuesto hasta ahora poner bajo el lente del microscopio a la comunidad receptora, la que paulatinamente le dio acogida con una mezcla de recelo y generosidad, en la que definitivamente vence la segunda.

Jaime Ramos y yo dedicamos esta ponencia a nuestros amigos y parientes zamoranos con esa doble intención: la de manifestar nuestros sentimientos de pertenencia y la de contribuir a una apreciación consciente y crítica de lo que somos. Esperamos lograr ese equilibrio y no provocar nuestro destierro.

* El Colegio de Michoacán, A. C.

El título de la ponencia, "la fiesta familiar en Zamora", alude a tres temas y a su interrelación: el espacio regional zamorano y la gente que lo habita, sus sistemas familiares y de parentesco y los actos colectivos de gozo, desahogo, esparcimiento y ritual denominados fiestas.

El enunciado limita a la vez que abre el espectro de los temas a tratar. Hemos de ser selectivos para hacer justicia a uno de los múltiples aspectos de una realidad de suyo compleja y variada, remitiéndonos al mismo tiempo a los elementos y factores que rebasan el ámbito regional, la articulación social familiar, así como sus momentos festivos, sin los cuales es imposible darle significación a ese aspecto. La boda, que es el ritual festivo que vincula a las familias a través del matrimonio de sus hijos, fue escogida por Jaime Ramos para ilustrar los modelos culturales reflejados en ella, para descubrir los anhelos, las esperanzas y también los intereses y tensiones que confluyen en su crisol, y para ver a través de su ventana las diferencias sociales y las matrices ideológicas que conviven en la ciudad y en su entorno. Mi contribución consistirá en la confrontación de mi experiencia participativa en la vida festiva familiar en Zamora con lo que varios autores han escrito sobre ella y su región. No me es posible hacer esto con una perspectiva que no sea la antropológica.

La antropología, que se postula como la ciencia que estudia a los otros, tradicionalmente ha dedicado su atención a las sociedades no occidentales y las ha llamado alternativamente primitivas, precapitalistas, simples o tradicionales.

Esas sociedades hoy en día ya no existen y, mal que bien, los antropólogos se tienen que reconocer a sí mismos al enfocar con el lente metodológico del otro a cualquier grupo humano. Esto lo traemos a colación, pues al revisar los trabajos escritos sobre Zamora, algunos de ellos por antropólogos, encontramos omisiones debidas probablemente a ciertos mitos y prejuicios resultantes de la historia particular de esta ciencia.

COMENZAREMOS POR LA FAMILIA

El término aparece con frecuencia en los textos y los autores indudablemente la consideran importante para entender la conformación social y la cultura regionales. Sin embargo, no hay descripción alguna de esta institución tal como se presenta en Zamora, ni intentos de análisis de los sistemas de parentesco imperantes.

Este hecho tratamos de interpretarlo de la siguiente manera: al estudiar a los grupos primitivos, los antropólogos se percataron que la institución del

parentesco regulaba todos los aspectos de la vida económica, social, política y religiosa y por eso la estudiaron muy a fondo. Supusieron, entonces, que en una sociedad compleja, estos aspectos se regulan a través de instituciones específicas para cada uno de ellos y que dejan de ser operativas, al menos de manera significativa y diagnóstica las relaciones generadas al interior de los grupos de parientes. Son herederos los antropólogos, además, de la tradición sociológica liberal que postula el reemplazo sucesivo de los vínculos directos cara a cara entre los miembros de una comunidad bajo las normas mágico-religiosas que rigen las conductas, por las leyes impersonales del mercado, por las asociaciones de clase, por las vías formales que establece el Estado para que los individuos sin mediaciones participen democráticamente en las contiendas del poder, por el pensamiento científico racional. Participan así de la idea de que en nuestra sociedad no es tal la importancia del parentesco que la lealtad al vínculo se imponga sobre cualquier otra cosa, aunque conceden que su trama se extiende a las esferas de la vida pública y política en el caso de las grandes familias de la oligarquía de una época no tan remota y en algunos enclaves de la clase trabajadora.[1] En la mayoría de la gente, en las clases medias, el parentesco tendría escasa relevancia, como se advierte en los países más industrializados,[2] cosa que habría de suceder también en las clases urbanas de una ciudad como Zamora.

Son escasos los estudios en los que se asume que diversas formas de parentesco conviven con las asociaciones y relaciones especializadas –de índole clasista, ocupacional, política, religiosa o social– y que se influyen mutuamente en su configuración. Un enfoque de este tipo avanzará probablemente la comprensión de las sociedades regionales y permitirá descubrir, quizá, que las formas consideradas hasta ahora como tradicionales son respuestas adaptativas a las presiones del desarrollo moderno.

Lourdes Arizpe asume *a priori* en su asaz inteligente pesquisa sobre las creencias de los zamoranos, una división por sectores sociales definidos por la ocupación y por la posición en la ocupación. Estas dos categorías las utilizó para seleccionar a los entrevistados y para interpretar sus respuestas. Pensaba

> que lo relativamente pequeño del universo estudiado y la supuesta homogeneidad del medio social de una ciudad de provincia habrían hecho más fácil la clasificación social,

1. *Cfr.* Fox, 1972, p. 14.
2. *Idem.*

y encontró, a cambio, que

> Zamora y sus alrededores sintetizan toda la complejidad de una sociedad de clases de capitalismo a medias.[3]

Es posible que su trabajo, como también el de Gustavo Verduzco (1992), hubieran trascendido los límites impuestos por esta división en estratos horizontales, si hubiesen tomado en consideración las estructuras verticales de las parentelas que, no obstante, se asoman con persistencia entre las palabras de las respuestas de los zamoranos al ser entrevistados.

El estudio antropológico del parentesco se centró primero en lograr un inventario de sus formas en diversas sociedades y culturas con propósitos comparativos. Enseguida se planteó la explicación de las diferencias mediante la teoría de la evolución social y la de su función mediante la del estructuralismo. Finalmente, el interés se centra en dos vertientes: el entender los sistemas de parentesco como medios para asegurar la reproducción de los grupos sociales, por un lado, el entender las alianzas que se establecen entre los grupos sociales a través del parentesco para reproducir a la sociedad, por el otro.

Cabe aclarar que los sistemas de parentesco encontrados por los antropólogos son creaciones culturales sólo parcialmente determinadas por la consanguinidad biológica. En términos técnicos esto significa que existen alternativas diversas para clasificar como parientes a quienes comparten la misma sangre –sólo el vínculo madre-hijo parece ser universal–, para establecer los límites de la parentela y para extender los vínculos familiares a gente que no pertenece a ese grupo, e incluso para constituir parentelas artificiales, como sucedió con las comunas de los *hippies*, o como puede darse en los asilos.

En términos jurídicos la familia se define por un conjunto de derechos y obligaciones de tipo específico. La utilidad de esta definición radica en que podemos reconocer al grupo de parientes al analizar la calidad del vínculo entre quienes se sienten comprometidos y cumplen con este intercambio y distinguirlo de aquellos que se establecen por otro tipo de arreglos sociales.

Al conceptualizar a las agrupaciones humanas queda difusa la distinción entre parentela y comunidad. Las comunidades de los grupos primitivos y las de los campesinos solían estar compuestas por parentelas. El desarrollo moderno, como se ha dicho, minimizaría el papel de las relaciones de parentesco y procuraría eliminar los vínculos de comunalidad. Al proponer el análisis de

3. Arizpe, 1989, p. 268.

las relaciones sociales que establecen entre sí los zamoranos, es probable que nos confundamos en un inicio en la distinción de estas categorías. Será necesario guiarnos por la hipótesis de que una ideología comunitaria y el establecimiento de vínculos de tipo comunitario constituyen una estrategia adaptativa que permite controlar las contradicciones internas e impedir el estallido del conflicto, a la vez que acentúan las diferencias hasta sus límites más extremos. Es decir, el comunalismo no se manifiesta aquí como un mecanismo de igualación social, sino de estructuración funcional de las diferencias.

La fiesta y el ritual

Al estudiar los eventos festivos entre los grupos así llamados primitivos, los antropólogos se centraron en el ritual, puesto que la regulación religiosa se realizaba a la par con los ciclos de reproducción de las parentelas, es decir, del conjunto social total. Mantendremos aquí en mente algunas de sus propuestas para acercarnos a la fiesta familiar zamorana. El ritual estaría constituido por la representación repetitiva de actos colectivos que simbolizan las creencias y valores del grupo, asegurando así la continuidad y la reproducción de éstos. Al asignar diferentes papeles a los participantes de acuerdo con la posición de los individuos dentro de las parentelas, a saber, por edad y sexo, por vínculos de afinidad y por la ocupación carguera, es una manifestación colectiva que refuerza los sentimientos de pertenencia al grupo, es decir, de identidad, por un lado, así como de posición social, por el otro. El ritual tiene asimismo la función de dar a conocer a la colectividad los cambios que ocurren en los ciclos de vida de los individuos y en el del conjunto social: los nacimientos, los pasos de una edad a otra, las alianzas matrimoniales, los cambios de cargueros, las defunciones. Sirven también, de acuerdo con algunos autores, para hacer un recuento demográfico y planear las actividades económicas, para recrear los mitos de origen y el vínculo con los antepasados, quienes habrían establecido los derechos territoriales y logrado el control sobre las fuerzas naturales. Al conjurar los males que pueden venir de fuera o tecnológicamente no resueltos, el ritual ofrece seguridad y esperanza a los miembros del grupo. Otro aspecto importante del ritual sería el que se refiere a la oportunidad que brinda a los participantes de vivir instantes de utopía: la falta de libertad individual implícita en la pertenencia a la comunidad, puede desahogarse mediante el éxtasis desenfrenado o la representación grotesca de conductas contrarias a las impuestas para la vida cotidiana, invirtiendo las

normas y las reglas, por ejemplo, y dando cabida a la crítica social. En otras palabras, el ritual sería una válvula de escape a las tensiones y permitiría después retomar las rutinas regulares. Pero es sobre todo el ritual la ocasión más privilegiada para la ostentación y la adquisición de prestigio a través del gasto suntuario.

Las formas del ritual que a través de la representación repetitiva se convierten en tradicionales, estarían menos sujetas a cambios que las estructuras sociales, nos dicen los antropólogos. El criterio funcionalista nos obliga a pensar que esta característica también tiene su razón de ser: al cambiar la sociedad, por una parte, el símbolo de la expresión formalmente invariada adquiriría nuevos significados al producirse en nuevos contextos, por el otro, impediría ideológicamente la toma de conciencia sobre los cambios sociales mismos. La hipótesis consecuente sería que al producirse cambios en la estructura social, se intensifica la actividad ritual enfatizando sus aspectos formales supuestamente tradicionales, con el objeto de permitir la transición a una nueva adaptación posicional de los individuos a un sistema más complejo y no necesariamente distinto. El introducir cambios en el ritual puede ser un hecho espontáneo o premeditado pero siempre riesgoso, pues es frágil el equilibrio entre conjurar y provocar el conflicto latente en las tensiones sociales.

Al circunscribirnos a las fiestas familiares en Zamora y tratar de descubrir sus aspectos rituales, estaremos privilegiando los ámbitos privados para comprender la lógica –si es que esto es posible– de las estrategias de reproducción de los grupos de parientes. Sin embargo, en los ciclos de vida de las familias suceden eventos cuya función específica reside en la proyección pública de lo privado y en el establecimiento de las alianzas que articulan a todo el conjunto social. Aunque en todos los festejos familiares se combinan aspectos de lo privado y de lo público, son las distintas maneras de su manifestación las que dejarán entrever la composición social de los grupos y la dinámica de su participación como tejedores de su trama y de su urdimbre. La cabal comprehensión del fenómeno social que se da en la región zamorana a través de sus fiestas y rituales, tendría que tomar en cuenta también los eventos eminentemente públicos, cuya organización corresponde a ámbitos extrafamiliares: la Iglesia y las asociaciones religiosas, los ayuntamientos, las escuelas, los gremios y corporaciones ocupacionales, las empresas, los vecinos, los clubes y los negocios de la fiesta, como son los salones *ad hoc*, los hoteles y los restaurantes.

Confío en que la contribución de Jesús Tapia sobre las ferias y fiestas de Jacona coadyuve a rellenar este hueco tan significativo en la nuestra. Lo que

podemos hacer por ahora es dejar los cabos sueltos que alguien después anudará para lograr el objetivo mayor.

La historia de los zamoranos y la de su entorno urbano y rural

La lectura de los textos de los autores que han investigado a Zamora y a su región –si bien no a sus familias y parentelas y sus rituales– remiten invariablemente a un sustrato histórico que subyace a su composición social actual y a los sistemas de creencias que conforman su cultura y que, a su vez, predisponen su posible adaptación a los cambios que ocurran en su interior y a las presiones que reciba desde el exterior.

Pasaremos revista a lo que nos sugieren como elementos diagnósticos a considerar al formular las preguntas que haya que plantear si se ha de estudiar el papel del parentesco y el de sus fiestas.

Al parecer son tres las instituciones mayores que han jugado un papel relevante en la configuración de la cultura zamorana y ésta, a su vez, ha contribuido en el proceso de formación de aquéllas. Sus impactos son diferenciales a lo largo de la historia: la Iglesia, el Estado nacional y el mercado capitalista. De entrada sugieren una situación distinta a las que generaron las concepciones originales de los antropólogos, a saber, las de sociedades autocontenidas definidas supuestamente por sus características internas y sus propias estrategias de reproducción.

El objetivo de este trabajo no es el de describir y definir la formación de estas instituciones –aunque puede y debe ayudar a hacerlo– sino el de ver una formación regional a partir de su presencia.

No es necesario ir a las épocas más remotas de la historia zamorana y será suficiente un breve repaso de lo que sus cronistas consideran como hechos relevantes para entender sus divisiones y uniones. Jesús Tapia (1986) enfatiza en el análisis las estrategias exitosas de una Iglesia para establecer su coto de poder mediante el catolicismo integrista y las de una clase dominante que utiliza a la religión para controlar, durante el siglo XIX y las primeras décadas del XX, una región en la que predominan las actividades agrícolas.

La oligarquía regional, compuesta por las familias de los hacendados terratenientes, adoptó la forma integrista del modelo ideológico conservador católico en un momento en el que se expandía el liberalismo modernizante, que culminaría en el porfiriato como política estatal de intensificación de la agricultura, de la industrialización y de apertura al capital extranjero. La refor-

ma juarista había sentado las bases para la descorporación de la economía eclesiástica, a la vez que proporcionó las bases jurídicas para la desintegración de las comunidades de indígenas.

Nuestros autores explican e interpretan ampliamente cómo la Iglesia encontró en Zamora terreno fértil para arraigar su proyecto y para convertir a esta ciudad en semillero para su expansión, utilizando para ello sus organizaciones, la asistencia y promoción social y su ideología, e involucrando activamente a los miembros de las familias de la oligarquía agrocomercial.[4] Con la fundación de la diócesis de Zamora en 1862 y el seminario en 1865, contó con los instrumentos organizativos y educativos para convertir a éstas en portadoras y practicantes de su modelo de ortodoxia doctrinal, que Tapia[5] califica de ilustrado, frente a otro de heterodoxia rural y popular, fuertemente impregnado de elementos mágicos y paganos.

La competencia en los mercados estimulada por el liberalismo, los costos de la modernización, la inversión en obras de infraestructura agrícola y de ostentación eclesiástica y privada, y otros factores más, habían empobrecido a la población trabajadora, poniendo en alerta a los hacendados frente al bandolerismo y los conatos de rebelión. Si bien el gobierno federal porfiriano por su parte instrumentó eficazmente la represión contra los grupos subversivos, la Iglesia y los hacendados hicieron lo suyo.

La efectividad de la fórmula religiosa consistió en la ficción ideológica de la igualdad y la unidad de todos los hombres ante Dios, trasladando a la vida después de la muerte la realización de los designios divinos. En la tierra, la élite dominante estaba llamada a aliviar la suerte de los pobres, validando sus actitudes y sentimientos *paternalistas* y *fraternales*. Los sistemas de trabajo en las haciendas se prestaban a ciertas formas comunalistas, en las que empleados, peones y jornaleros estaban bajo la protección de los dueños y el vínculo laboral compartía rasgos de pertenencia al grupo parental. Es decir, la relación laboral estaba envuelta en derechos y obligaciones que no eran sólo de índole económica: el patrón debía velar por el bienestar de los subordinados y brindarles educación religiosa y seguridad, podía castigarlos como a hijos mal portados, a cambio de lealtad, sumisión y aceptación de su autoridad patriarcal. Se combinaba, pues, un sistema redistributivo autoritario y vertical en el autoabastecimiento de la unidad, con una producción destinada al mercado nacional. En los negocios mercantiles se reprodujo el sistema y los

4. *Cfr.* Tapia, 1986.
5. *Cfr.* Tapia, 1986, p. 136.

empleados eran o bien miembros efectivos de las familias propietarias, o eran tratados como si fueran tales.

No tenemos mucha información sobre cómo eran las fiestas en ese entonces. Sabemos que los miembros de las élites surtían su vestuario en tiendas de Francia, que amenizaban sus reuniones con sones tocados por maestros europeos –que instruían también en las artes musicales a sus vástagos–, que adornaban sus casonas urbanas y las de las haciendas con muebles, brocados y tapicerías traídos de ultramar. Los oficios que acompañaban los bautizos, las comuniones, las bodas y las defunciones se celebraban en los suntuosos templos por ministros encumbrados de su propia estirpe, formados en los seminarios mexicanos y europeos y propincuos cargueros de las altas jerarquías de la institución eclesiástica.

La industrialización y la modernización liberal siempre se vieron acompañadas por movimientos de reivindicación de los trabajadores. La contraparte del liberalismo, que es el socialismo, comenzó a hacerse presente en la región a través de algunos abogados defensores de las comunidades de indígenas, de migrantes a los Estados Unidos que allá experimentaron las movilizaciones obreras de principios de este siglo, por los ingenieros agrimensores responsables de los deslindes de las propiedades afectadas por la desamortización y las leyes sobre terrenos baldíos y por la federalización de las aguas territoriales, así como por agentes del sindicalismo que tenía sus brotes en varias partes del país.

La Iglesia, que antepuso la caridad cristiana a la justicia social, que declaró a la paz como condición prístina de la convivencia entre los hombres, justificando así la condenación de la violencia, previno con éxito la inclinación hacia el socialismo de los trabajadores en la región zamorana, convocándolos a asociarse católicamente adoptando sus preceptos y fomentando la creación de todo tipo de escuelas, desde las elementales hasta las de artes y oficios para hombres y mujeres. Organizó a los miembros de las buenas familias en agrupaciones activistas en la transmisión del mensaje conservador católico),[6] culminando su acción en la celebración en 1913 de la Segunda Gran Dieta de la Confederación Nacional de los Círculos Católicos de Obreros, –misma ocasión en que se inauguró el Teatro Obrero, ahora en plena y lamentable decadencia– que efectivamente contribuyó a la conjuración del enfrentamiento abierto entre la oligarquía y los trabajadores y demandantes de tierras a través de la puesta en práctica organizada de acciones concretas de asistencia

6 . Véase Rodríguez Zetina, 1952; González, 1994; Tapia, 1986.

social, acompañadas del siguiente insistente discurso, "¿de qué le sirve al trabajador hacerse rico con la ayuda de la asociación a que pertenece, si por falta del alimento propio corre peligro su espíritu?"[7]

Al encabezar la jerarquía eclesiástica a las asociaciones, el bastión zamorano extendió sus brazos al territorio del obispado y del arzobispado. La crianza de clérigos en el seno de sus familias permitió que su influencia llegara a regiones más lejanas del país. El poder de este clero le abrió las puertas de las más altas esferas de la Iglesia, incluso la del Vaticano.

La acción social quedó en manos de la élite, contribuyendo a la diferenciación genérica al interior de las familias y en el espectro del conjunto rural urbano, al involucrar sobre todo a las mujeres.

Volviendo a la cuestión del enfrentamiento de modelos ideológicos antitéticos, las estrategias unidas de la oligarquía y la Iglesia trasladaron el conflicto al ámbito de la élite. Es decir, Zamora y su región quedaron a salvo del estallido popular revolucionario y, aun, del cristero.[8] La lucha entre las ideas liberales y conservadoras se personificó en los políticos municipales –cuña que el gobierno federal pudo introducir después del asalto violento del general Amaro, de triste memoria entre los zamoranos–, en uno de los bandos, y el clero y algunos miembros muy allegados a él de las buenas familias en el otro.

El acuerdo entre Iglesia y Estado que dio fin a la guerra cristera tuvo dos consecuencias: permitió la continuidad del integrismo católico y, también, la consumación del reparto agrario. Como veremos, los zamoranos supieron servir a Dios y al Cesar y, además, al poderoso caballero que es don dinero.

Las cabezas más visibles de la oligarquía zamorana no resistieron el embate contra el aroma de incienso de los regímenes de Obregón y Calles, ni el sofocante olor a azufre del reparto agrario cardenista. La tierra feraz de su valle, la razón de su existencia, cayó en manos de esos *hijos*, tierno y dulce rebaño receptor de su amor y caridad. Se refugiaron preferentemente en Guadalajara y México, haciendo allá pie de playa para los parientes rezagados.

El cambio de manos en la tenencia de la tierra no alteró de inmediato las condiciones económicas de los campesinos carentes de medios para cultivarlas. La producción agrícola del valle se mantuvo al entrar a la escena citadina un actor social no tan nuevo que la refaccionó y que aprovechó la oportunidad para sustituir a la antigua élite terrateniente y comercial: eran los parientes

7. Palabras de Leopoldo Ruiz y Flores, arzobispo de Michoacán, en el sermón de la misa inaugural de la Dieta en Rodríguez Zetina, 1952: 328.
8. El único caso de rebelión abierta en la región más próxima fue el de la comunidad de indígenas de Atacheo, Ochoa, 1989.

secundarios de los antiguos propietarios y los notables de los pueblos cabecera de municipios circundantes –arrendatarios, aparceros, prestamistas, comerciantes, pequeños industriales y administradores de haciendas. Estos personajes salvaron algo de sus propiedades, que por su tamaño no fueron objeto de parcelación y, sobre todo y a través de sus negocios, tenían lo que a otros faltaba: capital. Este monopolio les permitió establecer el precio de la renta de la tierra y cobrarlo en especie, es decir, en tierra.

Su cercanía laboral y familiar con los viejos oligarcas los hacía partícipes de su modelo cultural católico, integrista, ilustrado; les abría las puertas de las asociaciones religiosas y militares y de las jerarquías clericales en Guadalajara, Monterrey, Puebla y México, en Europa y en los Estados Unidos; les permitía continuar las mismas estrategias de asistencia social y proselitismo.

Pero entonces, definitivamente, ya no estaban solos. La intensificación ideológica de los símbolos del dominio regional fue un intento por restablecer la hegemonía ahora disputada. Sólo algunas familias aceptaron aferrarse a celebrar año con año el ritual que evoca la concesión divina del derecho exclusivo a estas tierras, mitificada en la fundación de Zamora.

> Celebra hoy nuestra ciudad de Zamora, llena de júbilo, dos acontecimientos que concurren en los fastos de su historia. Uno mira al pasado: el IV Centenario de su fundación; otro tiende al futuro, la Consagración Episcopal de uno de sus más esclarecidos hijos.
>
> La Providencia, cuya acción se deja sentir en todos los acontecimientos, deparó a un varón paternal, a don Antonio de Mendoza, para que pusiera los cimientos materiales de la entonces Villa de Zamora; [...] dotó su región de un clima suave, puso en su valle frescas y limpias corrientes, para fecundar sus campos, y le dio un cielo azul y transparente, cual si fuera el reflejo de los sentimientos de las almas que se elevan a Dios.
>
> Envió a poner sus cimientos morales y sociales a los hijos del Patriarca de Asís, quienes vinieron llenos de amor, ansiosos de sacrificios a desarrollar evangelizadora tarea.[9]

La mayoría aceptó las concesiones que la propia Iglesia introdujo en su discurso, adoptando símbolos de patriotismo y de mestizaje ideológico y arraigando en Zamora el culto guadalupano.

9. Palabras del Lic. Manuel Vargas del Río, miembro de Acción Católica, en el banquete ofrecido por esta agrupación a Salvador Martínez Silva el día de su consagración como obispo auxiliar de Zamora el 11 de noviembre de 1940, en Rodríguez Zetina, 1952: 415. En el festejo conmemorativo de la fundación correspondiente a 1995, los participantes aludieron con insistencia al origen hispano de los fundadores, sin pasar por México, incontaminados por lo tanto de lo indio.

Las historias sobre Zamora ofrecen amplia documentación para sustentar la crónica de esta fracción católica y conservadora de su sociedad. No se ha estudiado de igual manera la llegada y la forma de enraizar de otras corrientes ideológicas –liberalismo, socialismo, agrarismo, nacionalismo, patrioterismo, y otros ismos relacionados con la formación del Estado nacional. Será difícil, por lo tanto, concluir esta ponencia con un certero análisis del impacto del neoliberalismo, globalismo, consumismo, esoterismo, anarquismo y terrorismo, y de los grupos sociales que ahora los postulan.

Habíamos dicho que los zamoranos se vieron obligados a compartir los cotos de poder económico, político, social e ideológico de la región. En primer lugar cabe recordar que habían aparecido nuevos terratenientes, los ejidatarios, y que este hecho había cimbrado los cimientos del dominio de la antigua oligarquía. No habrá que perder de vista que los nuevos ejidatarios eran los antiguos comuneros indios y peones, medieros y asalariados de las haciendas, sujetos a la acción integrista de la Iglesia católica. Suponemos que este antecedente influyó de dos maneras en su cultura: no dejarían de ser católicos, por un lado, por el otro, no opondrían resistencia a la imposición del otro modelo que también merece el calificativo de integrista: el del corporativismo de un Estado centralista, autoritario y vertical, que comparte rasgos similares con el de la Iglesia: el patriarca Lázaro como sumo creador, el populismo como factor de inclusión de los dominados.

La desecación de la ciénega zamorana no nada más amplió la superficie cultivable del valle; introdujo una nueva cualidad en la agricultura. La producción de granos y la ganadería extensiva fueron rentables en los latifundios de las haciendas; los minifundios de la pequeña propiedad y el ejido se prestaron de manera privilegiada por la calidad de la tierra y la abundancia de agua para riego a la producción intensiva de frutas y hortalizas para el mercado nacional e internacional. En su desarrollo fueron factores clave los insumos y la tecnología industriales, la mano de obra jornalera de sembradores y cosechadores y el capital para comprarlos. Este llegó a través de los conductos de las bancas privada y oficial y el ahorro de los trabajadores migrantes a los Estados Unidos.

El ejido no tardó en estratificarse al encumbrarse en él los intermediarios entre la captación y la redistribución de los recursos públicos. La figura del cacique, congruente con este modelo, personaliza patriarcalmente las relaciones internas y crea un sistema de lealtades basado en el parentesco y en lazos de extensión del mismo. Hacia afuera significa el vínculo con el Estado, que lo apoya, y con los agentes del mercado del capital internacional, donde

compite con los pequeños propietarios herederos del modelo conservador tradicional.

No nos detendremos demasiado en la descripción de la conformación social de los actores sociales subsidiarios y/o beneficiarios de la actividad productiva agrícola –que casi cincuenta años después sigue siendo la principal fuente de generación de riqueza en la región– comerciantes, industriales del agro y la construcción, fraccionadores, profesionistas, transportistas, prestadores de servicios, y toda la gama de empleados y trabajadores de las empresas locales y de las agencias estatales, financieras y mercantiles externas. Anotaremos tan sólo que la estrategia familiar de colocar a sus miembros en la mayor gama posible de todas las actividades permitió a la nueva oligarquía durante varias décadas mantener el control regional, a pesar de todas sus contradicciones internas.

El ámbito del ejercicio del poder, de las decisiones necesarias para mantenerlo, consolidarlo, expandirlo y adaptarlo, siguió siendo el familiar. Determinadas por el origen y los procesos de formación de las familias oligárquicas son las diferencias culturales entre ellas, así como las que se dan entre sus estratos, pero también sus semejanzas. Estas se manifiestan precisamente en su marcada estratificación genérica y clasista internas, sustentada por un modelo ideológico ecléctico en el que se conjuga la legitimación de los vínculos comunalistas de las distintas vertientes históricamente vividas y asimiladas.

Antes de exponer las formas de expresión cultural de esta sociedad en sus fiestas familiares, cabe aclarar que consideramos que están lejos de afianzarse aquí al menos en su forma pura el liberalismo y su otra cara el socialismo.

Este último, que hipotéticamente podría situarse en las ideas del agrarismo y de la lucha obrera, parece haber corrido aquí una suerte comparable a la de su pretendido triunfo en la Unión Soviética. La adopción de sus significados morales revolucionarios –inclusive los del cristianismo– por el Estado, proveyó de legitimidad a su propia acción.

El liberalismo, que pretendidamente ofrece al capital todos los instrumentos para su desarrollo, amenaza el control regional del empresariado zamorano. La idea de la igualación social a través del juego democrático de ofertantes y demandantes en el libre mercado, convertida en dogma, desata nuevas luchas en el mercado de la tierra y legitimará a quienes resulten triunfantes.

No sabemos aún el desenlace. Si se tratara de una cuestión de fe, creemos que la zamorana está más lejos que antes de ser una sociedad igualitaria; que sus contradicciones generan tensiones que tratan de resolverse mediante viejas y nuevas fórmulas.

Quedará para otra ocasión el análisis de la función estructural de la corrupción y la violencia, que parecen jugar cada vez más un papel determinante en el conjuro del estallido social. Lourdes Arizpe (1989) se sorprende al descubrir en el análisis de la cultura religiosa el abismo existente entre el deber ser y el ser en Zamora. Todos sabemos del abismo entre el deber ser y el ser en la moral de la vida civil y política.

La misma autora transmite en su obra la angustia de los zamoranos causada por la pérdida del control ejercido antes mediante el cumplimiento de las normas cristianas de moral y orden. El conservadurismo latente parece retomar su militancia en las votaciones a favor del PAN; en la apertura a un nuevo bastión proselitista de la Iglesia, el movimiento carismático –que le permite incorporar fórmulas del protestantismo acordes con el capitalismo de los países más industrializados–, en la intensificación de los rituales tendientes a excluir del control regional a los agentes de la inversión extranjera.

El *agrobusiness* se presenta ahora en una versión insospechada y con una influencia dramática en la vida de los zamoranos. Por su condición de aparente clandestinidad, las tierras que se prestan al cultivo de plantas psicotrópicas se encuentran en el occidente y en la Tierra Caliente de Michoacán, en tanto que a Zamora le corresponde en la división del trabajo lavar el dinero. El nuevo adversario ya está en casa y sus fortunas compiten en la economía regional y en la orientación geopolítica y su actividad cimbra sensiblemente la unidad familiar. Poderoso caballero es don dinero, pero su reino es policiaco y militar.

Suponemos, pues, que en Zamora las cuestiones económicas, políticas y sociales se resuelven en familia; que es en las reuniones festivas donde los símbolos del poder y la estratificación adquieren cuerpo y donde se ventilan los conflictos y las diferencias, pero donde también la solidaridad, el afecto y la generosidad redistributiva permiten hacer frente común contra las amenazas del mercado externo y el Estado. Son víctimas de este sistema la ciudad y el medio ambiente regional –pues no da cabida a acciones públicas concertadas de común acuerdo. Tampoco hemos experimentado aquí aún el límite de la tensión provocada por la creciente desigualdad.

LAS FIESTAS FAMILIARES EN ZAMORA

Pongamos la mira, pues, en esta ventana, la fiesta, para tratar de descubrir de qué manera sus postigos encierran la intimidad familiar y sus persianas y cortinas permiten las miradas furtivas entre el interior y el exterior.

Como ya hemos visto, el tema de las fiestas familiares yace en el rincón de los olvidos pero no solamente en los libros que tratan los temas zamoranos sino también en las fuentes documentales. Afortunadamente podemos echar mano de las notas rosa y roja en los periódicos, de la historia oral y con un golpe de suerte, de alguna correspondencia personal. Por esta razón, y porque la investigación que Jaime Ramos propone está en su etapa inicial, hay por el momento más preguntas que respuestas que vamos a compartirles.

La historia de Zamora nos permite conjeturar que hasta principios de este siglo las fiestas en Zamora eran eminentemente católicas y patrióticas. Prácticamente los 365 días del año y desde la madrugada hasta la velación nocturna los zamoranos nos dedicábamos al fervor religioso en una variedad asombrosa de actividades de culto. Las celebraciones solemnes de Navidad y Semana Santa eran públicas: se realizaban en calles, templos y plazas. De las inmediaciones de Zamora acudían muchos visitantes y se llegaba a borrar el límite entre la intimidad de los hogares y la vía pública. En Semana Santa, se montaban altares en las salas de algunas casas y se dejaba abierto el zaguán para que los visitantes entraran y salieran a su antojo para apreciarlos. Más aún: Se les ofrecían aguas frescas y antojitos.[10]

La alternativa del fervor religioso era el fervor patriótico. Las fiestas septembrinas eran también motivo para salir a las calles a entusiasmarse con las arengas nacionalistas de los oradores oficiales. Los notables de la ciudad se reunían en el casino de El Imperial a disfrutar veladas en que participaban ilustres músicos, poetas, declamadores y oradores distinguidos.

La Revolución trastocó la vida en Zamora y las fiestas no fueron excepción. La inseguridad pública exilió a muchas familias arraigadamente zamoranas y enclaustró en sus casas a las demás. Las fiestas públicas mermaron y las celebraciones se hicieron en la segura intimidad. Más tarde, con la prohibición del culto, las celebraciones incluso se tornaron clandestinas. Cuando las tormentas amainaron y las aguas cobraron calma, de la intimidad de los hogares surgió un reforzado fervor religioso, pero no sucedió así con el patriótico.

Al comienzo de los cincuenta los zamoranos nuevamente estábamos ocupados en una abundante variedad de actividades religiosas: retiros espirituales, viernes primeros, adoraciones nocturnas, horas de adoración, solemnes quincenarios, misas cantadas, rosarios con predicación, fiestas patronales, cantamisas, bendiciones solemnes, instrucciones, pláticas, explicaciones, pre-

10. *Cfr.* Francisco García Urbizu, *Zamora en su fundación.*

dicaciones, charlas, y conferencias "santíficas" y "doctrinales", peregrinaciones, romerías y procesiones, novenarios, comuniones sacramentales, exposiciones y visitas al Santísimo, funerales solemnes, mañanitas, alboradas y serenatas populares, promesas y consagraciones de pureza, posadas, ordenaciones sacerdotales, misas pontificales, horas de santo desagravio y de acción de gracias, bendiciones de primeras piedras, levantamientos del Niño Dios, bendición de las velas, ejercicios de las cuarenta horas, jubileos, catecismos de primera comunión, ejercicios cuaresmales, víacrucis, ofrendas de flores el mes de mayo, etcétera.[11]

En ese contexto las fiestas familiares debieron ser eminentemente religiosas, motivadas por los acontecimientos del ciclo de vida del catolicismo: bautismos y confirmaciones, primeras comuniones, bodas y funerales, además de los distintos aniversarios y onomásticos. Lo más importante en las celebraciones debió ser la parte del culto y la fiesta social fuera de éste, o no existía o era muy modesta, muy familiar, muy íntima.

Los matrimonios, por ejemplo, solían celebrarse temprano en la mañana, a tiempo para que los contrayentes estuvieran a tiempo, en la estación del tren, rumbo a su paseo de bodas. La Iglesia insistía mucho en que los niños recién nacidos se bautizaran cuanto antes, así es que era frecuente que el papá acudiera al bautismo sin la compañía de la convaleciente mamá. Luego, entonces, ni pensar en celebrar con una fiesta.

A partir de los cincuenta se presentaron una serie de factores que fueron definitivos en la conformación de lo que hoy es Zamora. La modernización de la ciudad y sus habitantes se manifestó con la presencia e influencia del cine, primero, y de la televisión, más tarde. El auge agrícola y comercial destruyó la fachada arquitectónica de la ciudad y la hizo crecer anárquicamente. Las escuelas se hicieron "mixtas" en género y en clases sociales. La sociedad y la cultura se hicieron plurales, lo que en Zamora equivale a decir que se secularizaron.

La moral católica se encontró con esa modernización en una época de auge: fue también en los cincuenta cuando se construyó la "Cruz de la Beata", monumento y símbolo de la ciudad; se construyó el nuevo edificio para el Seminario Mayor y se fundó la hojita parroquial *Guía*, cuya historia es síntoma de lo que, en general, sucedía en Zamora: pronto se convirtió en

11. *Cfr. Guía*, hojita parroquial de La Purísima, primeros ejemplares, julio de 1952 a junio de 1953.

vocero oficial de la diócesis y después de un período de secularización se manifiesta como "Semanario Regional Independiente".[12]

Planteado este contexto abordemos nuevamente el tema de las fiestas, entre más familiares eran, mejor. Promovido por la Iglesia se fundó el "Club Social" para que los jóvenes pudieran reunirse en un ambiente de sano esparcimiento. En el caso de las posadas prenavideñas se aplaude las que se celebran en familia y se reprueban las que terminan en fandango de alcoholes, músicas no apropiadas y escándalos impropios de una celebración religiosa. En Semana Santa se recomienda recogimiento y penitencia, al tiempo que se reprueba la tendencia a acudir a "playas promiscuas" con el pretexto de las vacaciones. Las fiestas patrias se introducen al seminario en donde los alumnos celebran la Independencia de México como una forma de instrucción patriótica, al tiempo que *Guía* recuerda que el héroe principal y olvidado es don Agustín de Iturbide.

Guía, en una campaña moralizadora de la vestimenta femenina, advierte que las integrantes de las "cortes de amor" en las bodas deben vestir adecuadamente, más aún tomando en cuenta que la ceremonia es en la Casa de Dios, y advierte a las novias que deben vestir sobrias al tiempo que se hace un voto por no llegar a tener que aplicar con ellas, en un momento tan importante, la misma severidad que ya se ha advertido para las mujeres que pretendan comulgar vistiendo indecentemente (es decir, negarles la comunión).

La vasta serie de codificaciones de la normatividad moral, que van de la vida cotidiana a los acontecimientos más relevantes de la existencia, tienen un denominador común: la falta a la moral más grave es escandalizar, y las fiestas se prestan no a ser un escándalo sino un conjunto rebosante de ellos: en las fiestas se conjunta la música escandalosa, los bailes escandalosos (que se prestan al contacto físico), indumentarias escandalosas (que muestran las partes del cuerpo que el vestido debiera cubrir) y otros muchos elementos que se prestan al escándalo: la noche (es decir, la oscuridad) y los alcoholes.

Con todo y las campañas moralizantes, la oveja se ha salido del redil y el renacimiento de la religiosidad zamorana quedó, como tantas otras cosas en esta ciudad, inconcluso. Las pocas fiestas que aun convocaban a la generalidad de los zamoranos fueron menguando y algunas, como la del Corpus,

12. *Cfr.* Carlos Wagner Echegaray, tesis profesional: *Cómo mejorar un semanario de provincia, E*scuela de periodismo Carlos Septién García, y la serie de artículos de Víctor Manuel Ortiz, acerca de la historia de *Guía* y de Zamora, con motivo del 40 Aniversario del periódico: *Guía*, junio-julio, 1992, números 2076-2079.

incluso desaparecieron dejando huecos, fuentes de nostalgias por el pasado. Sería demasiado largo enumerar lo que ha trascendido y lo que ha perdurado, pero lo expuesto nos da pie para plantear otra conjetura.

Zamora es hoy una ciudad conformada por un mosaico de grupos sociales que se expresan en una diversidad de manifestaciones culturales aparentemente inarticuladas. Es un rompecabezas sin armar que no permite definir elementos comunes de zamoranía suficientemente sólidos y suficientemente compartidos como para que se identifiquen los ciudadanos en cuanto zamoranos.

La investigación sistemática tendrá que averiguar si esta conjetura es probable o si, por el contrario, sí podemos identificar elementos culturales que articulen una identidad de zamoranía generalmente compartida. Por lo pronto, con base en observación participante en las fiestas familiares zamoranas, especialmente en las bodas, se antojan las siguientes reflexiones.[13]

Las principales fiestas familiares en Zamora continúan ligadas a las celebraciones de vida religiosa señaladas por el catolicismo: bautismos, confirmaciones, primeras comuniones, bodas y funerales, además de aniversarios y onomásticos.

Estas celebraciones también se han secularizado: la celebración social, fiesta o recepción que sigue a la ceremonia religiosa ha ganado terreno en importancia, expresada ésta en términos de la inversión de recursos en trabajo, tiempo, dinero, cuidado de detalles e incluso en elementos rituales. Además, es observable la impuntualidad de un número relativamente grande de invitados en la ceremonia religiosa así como el hecho de invitados que van solamente a la fiesta porque "no alcanzan" a llegar a la misa.

Las festividades familiares se han hecho públicas, muy selectivamente, en el sentido de que han sido sacadas de la intimidad de los hogares. A los bautismos, confirmaciones y primeras comuniones se invita a los familiares más allegados y a unos cuantos amigos íntimos. Las bodas y los funerales, en contraste, convocan a parientes cercanos y lejanos (en el árbol genealógico y en la geografía); a amigos, aliados, socios, vecinos, compañeros de trabajo y de esparcimiento, colegas, e incluso a enemigos (competidores políticos y/o comerciales, por ejemplo). Pero la lista de invitados no es ilimitada y por tanto es selectiva. La forma en que se realiza revelará, si la ventana de la boda nos lo permite, una trama de relaciones sociales estructurada con base en múltiples intereses.

13. En adelante las reflexiones se basarán en observaciones personales de los autores y en el trabajo de entrevistas etnográficas realizado hasta el momento.

La manera concreta de celebrar las fiestas se conforma a partir de una selección de elementos disponibles a partir de un repertorio cultural que es compartido familiar y grupalmente. En las bodas, por ser festividades interfamiliares, se manifiesta con mayor evidencia esa selectividad, sobre todo si las familias de los contrayentes pertenecen a grupos sociales con tipos culturales diferentes. Es el caso, por ejemplo, cuando el papá de la novia se presenta a la ceremonia vistiendo un frac y el papá del novio se presenta con guayabera.

Podemos partir de la idea de que todos los zamoranos aspiran a tener o asistir a una boda "bonita", pero lo que para unos será bonito no lo será tanto para otros, o de plano ciertos elementos se catalogarán como "de mal gusto". La riqueza de elementos expresivos que se manifiestan en las bodas permite hacer un trabajo etnográfico de gran magnitud que remita a tipos culturales más generales que los manifestados en el contexto de la celebración, por una parte, y más particulares a las familias y grupos sociales que las realizan.

El trabajo etnográfico en las bodas comprende los lugares en que se celebran los rituales (templos, salones de fiestas, oficinas del Registro Civil); su decoración e iluminación; el atuendo de los participantes en la boda; los oficiantes y sus rangos en las jerarquías institucionales; la forma de celebración de los ritos: solemnes, personalizados o sin mayor lucimiento; la presencia o no de objetos simbólicos no oficiales en el rito religioso: ramos florales, cojines, botellas y copas ornamentadas, Biblias, rosarios, crucifijos, velas, etcétera; el acomodo de las mesas en el salón de fiestas; el tipo de música que ambienta la fiesta; el menú de bebidas y alimentos que se ofrece como comida o cena; la realización o no de juegos rituales: la víbora de la mar; la novia avienta el ramo; se le hace el "muertito" al novio; el baile del mandilón al novio; el novio le quita la liga a la novia y luego avienta la liga; se desviste al novio en el baño de mujeres y la novia tiene que entrar a vestirlo, etcétera.

La observación de estos y muchos otros detalles en la celebración de las bodas zamoranas permitirá establecer los tipos culturales que son característicos de ciertos grupos sociales pero no exclusivos. Otro objetivo importante de la investigación es el de identificar en dónde comienzan las innovaciones y qué caminos siguen en su imitación por otros grupos sociales. Por lo pronto, hemos podido advertir que las modas para bodas comienzan en los dos templos y dos salones de fiestas más socorridos en Zamora para las bodas elegantes y de allí se extienden a otros templos, otros salones y otros grupos sociales con menos capacidad de desplegar suntuosidad en sus casamientos. El templo y el salón en penumbras, iluminado solamente por velas o veladoras,

es una moda reciente que se está considerando hoy día como una forma muy bonita de casarse.

Así, podemos identificar, por ejemplo, bodas elegantes; bodas suntuosas; bodas por interés (económico, político, de relaciones interfamiliares concretas, etcétera); bodas rancheras; bodas charras; bodas problemáticas (la novia embarazada o diferencias políticas, religiosas, económicas, entre las familias de los contrayentes); bodas alegres; bodas sentimentales; bodas sencillas; bodas muy religiosas; bodas muy íntimas o familiares, etcétera. Hacer todo lo dicho posible, significará que no solamente se ha podido construir una ventana, sino además abrirla y vislumbrar lo que sucede con la zamoranía actual.